

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

IV

DÍAZ CAMBIA DEL SACERDOCIO AL DERECHO

El pequeño Porfirio Díaz iba a ser sacerdote. Cuando menos así lo aseguraban su heroica madre medio indígena y su adusto padrino de mandíbula cuadrada, el sacerdote Domínguez. A los siete años ganó sus primeras monedas como acólito en la iglesia de Santa Catarina. Su primer maestro en la escuela primaria fue un sacerdote. Unos cuantos años después, fue a vivir y estudiar con un tío, el sacerdote Ramón Pardo. Allí conoció a un compañero de nombre Justo Benítez, de origen poco claro, pero que ejercería una poderosa influencia en su vida.

Porfirio era un chico extraño. Su conducta era distante, mostraba una actitud mediatunda que se acercaba a la melancolía. Era orgulloso, reservado y retraído, sin embargo, cuando lo incitaban a la acción, mostraba una actitud imperiosa y una energía excesiva. Era muy delgado, pero fuerte, rápido y ágil. Tenía unos ojos extraordinarios: muy grandes y de un negro intenso. Cuando estaba agitado se dilataban y adquirían un brillo particular. Sus sensibles fosas nasales se elevaban y se ensanchaban y todo esto le daba a su joven rostro de ancha quijada una expresión que era mitad amenaza y mitad mando. Esto último asombraba y a veces emocionaba al chico que había despertado en él

aquel espíritu que posteriormente se hizo sentir en más de cincuenta campos de batalla.

A pesar de su extraño silencio, había algo en el pálido muchacho, huérfano de padre, vestido con camisa y pantalones de algodón, huachos y un gorro redondo “tejido con pelo de panza de burro” —una pasión por el atletismo, una disposición de mando, ante la cual sus compañeros cedían naturalmente— que podría haber indicado a sus guías eclesiásticos que no surgiría un sacerdote de esa decisiva mezcla de sangres indígena y española.

Ya en su niñez, la poderosa estirpe ibérica de sus ancestros se había apoderado de la herencia mixteca que corría por sus venas; y a la hora en que la antigua Oaxaca, “la Virginia de México” se escindía por el tema que dividió a todo el país en clericales y liberales, el joven Porfirio mostró la actitud ante la vida que ha mantenido aun en su octogésimo año.

La clave para moldear su carácter cuando era niño fue que dependía de sí mismo. Quería un rifle para cazar en las montañas. Inmediatamente tomó el cañón oxidado de una escopeta y la llave de desecho de una pistola y, tallando una caja de madera sólida con sus propias manos, diseñó un arma que le resultó muy útil. Fue tan buena que luego hizo otras y las vendió a los indígenas de la montaña. Su madre se quejó diciendo que no podía permitir que gastara sus zapatos en la cacería. Entonces estudió cómo trabajaba un zapatero, pidió prestadas algunas herramientas y fabricó zapatos, no sólo para él, sino para el resto de la familia. También observó el oficio de un ebanista vecino y en unos días comenzó a fabricar muebles para la casa de su madre.

Cuando quería algo en esos días, no pedía en sus oraciones que se lo dieran, sino lo hacía con su propia fuerza, inteligencia y valor, de la misma manera que después hizo a México.

Las influencias fantasmagóricas de la Madre Iglesia lo presionaban para hacerse sacerdote y su pequeña mamá morena se arrodillaba todos los días frente a la virgen, latiendo en su pecho la esperanza de que su hijo abrazara esa “profesión de caballero” de sotana negra; pero aun cuando ingresó al seminario pontificio de Oaxaca, y los muchachos

de esa institución se dividían para combatir de juego entre clericales y liberales, Porfirio siempre encabezó a los liberales, mientras que su hermano Félix siempre estuvo al mando de los clericales.

Estas batallas escolares, que en ocasiones se libraban con piedras y tenían resultados sangrientos, sencillamente representaban la lucha existente en la sociedad mexicana en general. Fue extrañamente profético que los hermanos Díaz, como escolares, hubieran luchado entre sí, igual que después, con las armas en las manos, tomaron bandos contrarios, con los mismos gritos de guerra en los labios; aunque llegó un día en que combatieron juntos bajo la bandera de la república, para nunca estar separados otra vez, salvo por la muerte.

Cuando tenía unos trece años, Porfirio solía dedicar las tardes a estudiar física en una celda vacía del gran monasterio de Santo Domingo, cuyo templo era la maravilla arquitectónica de Oaxaca. Allí observó la gran extravagancia y derroche de los monjes, vio a las mujeres que metían al monasterio y abrió sus ojos adolescentes a las pruebas de libertinaje y depravación que incluso la autoridad de Roma no había podido controlar.

En su ancianidad, al mirar hacia atrás aquellos días decisivos, el presidente Díaz confiesa que esas cosas poco impresionaron su mente infantil, aunque conformaron más tarde una retrospectiva poderosa e inolvidable, cuando su sentido político del bien y del mal empezó a desarrollarse y aclararse bajo la influencia de la obra de un famoso escritor francés sobre el derecho público.

Los monjes desenfrenados de Santo Domingo no soñaron que el chico silencioso y menudo que estudiaba minuciosamente sus libros en una estrecha celda de piedra, un día utilizaría ese monasterio como fortaleza y que incluso un emperador le rogaría en vano el apoyo de su espada en contra de las libertades de su país.

¡Qué clase de trabajador era! A la edad de quince años vestía pantalón y saco de dril color canela, un pequeño gorro de lana café y zapatos de gamuza, no pasaba de ser apenas un mozalbete. No obstante, además de sus estudios en el seminario y su trabajo como armero, zapatero y carpintero aficionado, ganaba un poco de dinero dando clases de latín

a otros chicos, cobrando \$2 al mes y finalmente le pidió al comerciante Joaquín Vasconcelos que le diera trabajo como empleado.

Entonces fue cuando inició la lucha por el alma de Porfirio Díaz, una lucha entre la teología y el derecho público, lo cual dio como resultado una espada desenvainada que transformó la anarquía en orden.

Uno de sus alumnos de latín era hijo de Marcos Pérez, un abogado indígena alto y desgarbado, de mirada penetrante y mejillas hundidas que era profesor de derecho en el Instituto de Artes y Ciencias. Esta institución era caldo de cultivo del liberalismo. Allí se desarrollaron implacables anticlericales como Benito Juárez, el gran abogado y patriota indígena, quien había sido uno de sus directores, y ahora era gobernador del estado de Oaxaca. Santa Anna, el dictador, detestaba este semillero de abogados, a quienes como generación había aprendido a temer, e hizo todo lo posible por hostigarlo y destruirlo.

Una noche, Marcos Pérez invitó a Porfirio a que fuera al Instituto y presenciara la entrega de premios de manos del gobernador Juárez. Esto fue en el momento mismo en que el padrino del chico, el sacerdote Domínguez, le había entregado el pesado tomo encuadernado en piel de la *Summa Theologiæ* de Santo Tomás de Aquino, el cual, como preparación para el sacerdocio, le enseñaría que la revelación es una fuente de conocimiento más fidedigna que la observación y la razón.

Porfirio se puso su ropa dominguera y fue a la casa de Pérez para acompañarlo al Instituto. Allí encontró al alto profesor hablando con Juárez, el elocuente y nada asustadizo líder, cuyo nombre era execrable para todos los clericales y cuya influencia detestaban Santa Anna y su grupo: un indígena bajo de estatura, fornido, de piel oscura, gran dignidad y un rostro indescifrable.

Cuando Pérez le presentó su joven amigo al famoso gobernador, diciendo que esperaba que el muchacho estudiara leyes en el Instituto al año siguiente —un comentario significativo si consideramos que Porfirio estudiaba para ser clérigo— Juárez extendió la mano y estrechó la del muchacho con gran cordialidad. Esto dejó una profunda impresión en el joven estudiante, ya que en el seminario a ningún muchacho se le permitía hablarle a un profesor sin cruzar los brazos e inclinándose

en señal de humildad. Era impensable saludar de mano a un superior. Sin embargo, Porfirio había estrechado la mano del terrible Juárez. El más grande de los zapotecos, el más noble de los liberales, el paladín constitucional en quien el alma aborigen de México expresaba su desafío y miraba sin pestañear los ojos del monje y del soldado por igual, el gobernador de su estado natal, le había sonreído y le habló con una cortesía que emocionó su sentido del amor propio.

Esa fue una noche tempestuosa para el alma de Porfirio. El estilo seductoramente franco de Juárez, los discursos en el Instituto donde resonaba el patriotismo y que desafiaban a la tiranía, estimularon su imaginación e hicieron un fuerte llamado a su masculinidad. Cuando llegó a su casa no pudo dormir. “Toda la noche sostuve una lucha interna”, dijo después. En la mañana, pálido y entusiasmado, se dirigió a su mamá y le contó que había decidido no ser sacerdote. Al oír esto, la valiente viuda comenzó a llorar. El padrino de Porfirio, que ahora era canónigo, había conseguido una beca en el seminario y prometido conseguirle una buena parroquia cuando lo ordenaran. Con el rostro bañado en llanto, su madre le explicó lo que perdería con su decisión y le describió las dificultades a las que ella se enfrentaba para mantener a la familia. Durante tres días lloró cada vez que lo veía. Él ya no pudo resistir. “Mamá —le dijo— ya decidí abandonar mis principios. Por usted seré sacerdote”.

Pero su madre lo vio a la cara y se dio cuenta cuánto significaba todo esto para él, y se negó a permitir que se sacrificara. Cuando su padrino se enteró que Porfirio había renunciado a la carrera eclesiástica y decidido estudiar leyes en el Instituto —que para él era una especie de pasaporte al infierno— el severo y anciano sacerdote declaró que el muchacho se inclinaba al mal, retiró todas las promesas de ayudar, se lavó las manos en cuanto a sus responsabilidades para con él, exigió que le regresara todos los libros que le había regalado y dio una patada en el suelo, en el paroxismo de una furia justificada.

La decisión honesta que tomó un hombre con frecuencia ha tenido consecuencias en torno a las cuales giró la historia de una nación. No es de sabios decir qué pudo pasarle a México si Porfirio Díaz hubiera

contenido sus nuevos movimientos patrióticos en 1849 y lo hubiesen ordenado sacerdote. Nadie que haya estudiado sus métodos rigurosos, su increíble iniciativa, su voluntad de hierro y determinación puede dudar que hubiese tenido gran poder en la Iglesia y que su genio como estratega y organizador, junto con su valor personal y el intenso instinto para combatir, le habría conferido mando en el campo de batalla; pero no es factible que ese hombre pudiera haber tenido éxito contra la república en esa causa.

Sin embargo, Porfirio era un paria para su padrino, un pervertido social, político y espiritual, dado totalmente a la perdición. Y en los años posteriores, su venerable padrino, como obispo Domínguez, se negó a ver al joven que había renunciado a la Iglesia. Ni siquiera en su lecho de muerte lo recibió, aunque Porfirio, inquebrantable, bronceado por el sol y vistiendo el uniforme de capitán, estuvo de pie en la habitación contigua y, a través de una puerta abierta, en secreto vio morir al severo prelado anciano.

Por lo tanto, en el invierno de 1849, el joven a quien el destino llamaba al liderazgo de su país ingresó al Instituto de Artes y Ciencias. Ya había estudiado teología escolástica, filosofía moral, filosofía natural, lógica, latín y literatura. En el Instituto estudió dibujo, francés, derecho civil, derecho canónico, derecho internacional y derecho general. Estuvo casi cinco años en esta escuela.

Muchos que no están familiarizados con la génesis del máximo estadista constructivo de México —ya que sus logros son mayores incluso que las nobles teorías de Juárez— se sorprenden con los conocimientos de que da muestra al enfrentarse a las grandes crisis del gobierno, y no son pocos los que se desconciertan al saber cómo, un hombre que había pasado casi toda su vida en el campo de batalla como soldado, tuvo oportunidad de aprender los principios y la filosofía política que introdujo a los asuntos enmarañados y casi irreparables de México, incluso en aquel día violento en que un ejército triunfante le entregó la autoridad del país. La verdad es que, además de la instrucción primaria, recibió nueve años de instrucción académica vigorosa, algo más de cuatro años en el seminario y un poco menos de cinco años en el Instituto.

El presidente Díaz ha dicho a menudo que esta primera conciencia política real la tuvo cuando leyó en el Instituto un determinado libro de texto francés sobre derecho público. Fue un trabajo que rebosaba de democracia fantasmagórica el que inspiró a los filósofos políticos que ocasionaron la Revolución Francesa. Fue un eco latino de Thomas Jefferson. Su idea esencial era el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo. Propugnaba por la democracia universal y el sufragio de los hombres como el único principio de gobierno justo, sólido y fiable.

No existían indicios en este libro, que marcó de manera tan extraña el carácter del joven patriota que había abandonado el sacerdocio, de que pudiera haber pueblos para los cuales ese sistema de gobierno no fuera posible; y allí estaban Juárez en el Instituto, como profesor de derecho civil, y Marcos Pérez, otro profesor de leyes, ambos indígenas zapotecos, ambos hombres de vastos estudios, ambos oradores elocuentes y héroes para todos los oaxaqueños liberales. Con ese libro frente a él, con esos hombres aborígenes que lo guiaron e inspiraron, al joven de veinte años lo sacaron de su pequeña ciudad de ruidosas campanas de iglesia, monjes de huaraches, militares patilludos que caminaban pavoneándose y haciendo ruidos metálicos, y las multitudes de indígenas ojerosos, mal alimentados cubiertos con zarapes de muchos colores, y sólo vio un gran ideal de igualdad humana y sufragio universal, sin darse cuenta de que el intento de aplicarlo entre un pueblo carente del autocontrol o la independencia de la democracia ya habían provocado caos aunado a la confusión en México.

Antes de ingresar al Instituto, Porfirio hizo un esfuerzo tenaz por ser empleado del señor Vasconcelos, pero ese honrado comerciante le pidió que continuara sus estudios y le regaló un libro de lógica y la capa larga que los estudiantes debían usar.

Aunque estudió leyes casi cinco años, de los cuales durante 17 meses recibió instrucción de Juárez, no estaba en él dejar toda la carga de su manutención a su mamá y se las arregló para ganar dinero. En 1853 y 1854 fue bibliotecario sustituto del Instituto, dividiendo el salario mensual de \$25 con el bibliotecario titular. También se hizo cargo de las clases de derecho natural y derecho internacional en ausencia del

profesor Manuel Iturrigarria, quien había escapado a las persecuciones de Santa Anna, que acababa de regresar al poder. Presentó sus exámenes generales en derecho el día 2 de enero de 1854, pero no lo aprobaron. Sin embargo, entró al bufete de Marcos Pérez y durante gran parte de su estadía en el Instituto ganó dinero auxiliando a su jefe en los juicios y, finalmente, lo nombraron procurador del pueblo de Valle Nacional.

En 1854 sucedió algo terrible. Santa Anna, el dictador, dispuso de unos meses antes de intentar reprimir con violencia a los liberales y mandó a Juárez a una repugnante celda inundada en el fuerte de San Juan de Ulúa, Veracruz. El tirano también descubrió una conspiración patriótica en que estaba implicado Marcos Pérez, y al valiente abogado lo encerraron en una torre del convento de Santo Domingo y una fuerte guardia de soldados cortó toda comunicación con él. El proceso en su contra era secreto. Su vida estaba en juego.

Una situación accidental permitió que Porfirio hiciera un descubrimiento que le permitió salvar la vida de su patrón. Por ser quien cobraba la renta de una casa propiedad de su tío, el sacerdote Ramón Pardo, cuyo inquilino era el coronel León, fiscal del caso contra Pérez, un día el joven se vio obligado a esperar en la oficina de dicho fiscal, cuando vio en la mesa el expediente del caso jurídico contra su amigo y benefactor y, en la afortunada ausencia del citado coronel, se apresuró a leerlo. De este modo descubrió lo que otros prisioneros habían declarado bajo juramento.

Era cuestión de vida o muerte que el valiente prisionero de Santo Domingo supiera lo que contenía la demanda. No sólo la libertad y, tal vez, la vida del abogado patriota dependían de la información, sino también la seguridad de otros amigos de la república que todavía no eran aprehendidos por el dictador.

Parecía imposible llegar hasta el prisionero tan vigilado. Había otros liberales en las celdas del convento, pero la celda en que Pérez estaba confinado era un lugar especial para enjaular a los monjes peligrosos, a gran altura, con muros gruesos y una ventana de rejas de hierro, con vista al patio.

A pesar de esto, Porfirio resolvió que su amigo no debía morir. Él y su hermano Félix eran atletas y planearon escalar los muros de Santo Domingo. Una noche se abrieron camino, propulsándose con las ma-

nos, de un punto a otro en la oscuridad, hasta llegar a la azotea sobre la pequeña ventana enrejada de la celda de Pérez, que tenía una guardia de cincuenta soldados cuidándolo dentro del convento.

Porfirio se ató una cuerda al cuerpo y en la noche lo bajó su hermano, quien también tenía la cuerda amarrada alrededor de la cintura. Cuando el futuro presidente de México se columpiaba en el extremo de su soporte de cañamo, ora rozando el muro de piedra áspera con su cuerpo que giraba, ora colgando al vacío, podía oír el jadeo de Félix allá arriba en la terrible quietud. Al llegar a la ventana, el demacrado abogado de rostro blanco, dándose cuenta de que sucedía algo inusual y con la esperanza de distraer la atención del guardia que custodiaba la puerta, se calzó los zapatos y caminó de un lado a otro de la celda, recitando con voz clara los salmos de David. Al mismo tiempo se acercaba a hurtadillas a la ventana. El centinela le ordenó con dureza que se acostara. Cuando el anciano se asomó a través de los barrotes de hierro, en la oscuridad vio el rostro decidido, los ojos centelleantes y el cuerpo que se balanceaba de su fiel alumno. En ese momento, el prisionero expresó en latín, lengua que los guardias no podían entender, que era peligroso hablar y pidió a Porfirio que le consiguiera lápiz y papel.

En silencio, Porfirio le hizo la señal a su hermano, que después de una lucha desesperada contra su peso, se las arregló para subirlo de nuevo a la azotea.

Dos noches después, repitió su hazaña peligrosa, entregando a su amado profesor los materiales para escribir y una declaración escrita de los puntos más importantes en su caso.

Esa aventura crítica salvó a Marcos Pérez, quien después llegó a ser gobernador del estado de Oaxaca y mucho ayudó al movimiento nacional que derrocó a Santa Anna. A la muerte de Pérez, Díaz mantuvo a su hija hasta que ella falleció, siendo ya una mujer que peinaba canas. Aún ahora, 56 años después, los patriotas mexicanos se paran en el patio del viejo convento de Santo Domingo, que está convertido en barracas, y observan la pequeña ventana donde de noche Porfirio Díaz, colgando en el extremo de una cuerda, expuso la vida por primera vez a favor de su país.